

## Brevísima introducción histórica

**E**n las sangrientas postrimerías de la decimosegunda centuria, los cristianos de la península se enfrentan con el cada vez más fanatizado imperio almohade.

El otrora condado de Castilla es hoy reino por derecho propio. Tras las guerras civiles que marcaron su minoría de edad, Alfonso VIII ha logrado asentarse en el trono y anhela liderar la ofensiva definitiva contra los herederos del califato de Córdoba.

Su primacía es tal que el joven Alfonso IX de León, una vez coronado y acuciado por las conspiraciones, se ha visto obligado a jurarle fidelidad y besarle la mano, gesto que lamentará al ver frustrada su intención de matrimoniar con Berenguela, hija mayor del castellano.

Dolido, el de León ha preferido acercarse al rey de Portugal y desposar a su hija Teresa, matrimonio que, sin embargo, es anulado por el papa.

Así están las cosas cuando, en 1195, Alfonso VIII, impaciente por la tardanza de sus aliados, se ha lanzado en solitario contra los almohades, en los arriscados alrededores de Alarcos.

Prólogo

*Los dos Alfonsos*

1

La ciudad de Toledo, arrumada por la principal vena acuífera de la meseta, parecía despertar de la apacible siesta en la que llevaba más de un siglo instalada.

La antigua metrópolis de Leovigildo y Recaredo, la que desde su reintegración en la cristiandad fuera sede del primado del papa, vivía su momento de mayor agitación en los últimos ciento diez años y recibía con inquietud al primer visitante regio tras la derrota de Alarcos.

Era la primera vez que Alfonso IX entraba en Toledo, y al cruzar por el puente de Alcántara no pudo evitar mirar a izquierda y derecha: un profundo despeñadero los separaba del agua arremolinada abajo, en la garganta granítica. Todavía fluía menguado el Tajo, y, aun así, la verdura ribereña, entre norias y huertas, contrastaba con los agostados campos de trigo y cebada que había orillado su pequeña comitiva según bajaba desde Talavera por una antigua calzada romana.

Montado a lomos de un caballo oscuro y nervioso, traspasó el umbral de las puertas. Avanzó por el barrio del Alficén al frente de su séquito en medio del repicar de campanas de Santa María y no apartó la vista de la gente congregada. Había demasiado personaje oscuro vestido con chilaba y zapato de punta vuelta, demasiada mujer velada, demasiado judío con kipá, pensó, y no suficiente cristiano viejo. Se notaba que era de las últimas ciudades arrebatadas al islam, y aunque ya hacía un siglo que estaba en manos castellanas, su pasado pesaba.

Su humor sombrío debió de traducirse en su porte y aquellas gentes convocadas por los pregoneros lo miraron sin alegría y sin vítores ni vivas, como solían cuando llegaba un aliado. Todos sabían de las desavenencias que tenía con el rey de Castilla.

Respirando con fuerza y acariciando la cabeza de su montura, Alfonso IX continuó avanzando por la empinada cuesta. Los cascos de los caballos resonaron en el empedrado mientras alzaba la vista hacia las ventanas resguardadas con celosías alineadas por lo alto. Mucho tiempo había estado este caserío en manos infieles. Tanto que eran indistinguibles, en muchos casos, las moradas de cristianos y musulmanes.

Consciente de la mirada de la multitud, Alfonso IX permaneció digno sobre su montura, sin apenas sonreír. No quería parecer ni débil ni traidor, y mantuvo en tensión la musculatura de su cuerpo grande y fornido, y con tan frondosa melena que había quien lo comparaba con un león: eso cuadraba bien al hombre cuya insignia portaba en alto el alférez real a su vera, mostrando el animal de sus blasones.

El cielo estaba cada vez más claro, despejado.

El sol caía a plomo sobre la plazuela de Santiago, donde los recibió en el patio del alcázar el arzobispo de Toledo. Ahora repicaban las campanas de Santa Leocadia. Detrás del prelado, una treintena de acólitos con albas y roquetes entonaron salmos latinos. Pronto sonaron trompetas y una nube de caballerizos ayudó a descabalgár a los leoneses.

—El rey don Alfonso os espera —dijo Martín López de Pisuerga, con su acento palentino, muy reconocible para los recién llegados. El arzobispo, que ayudaba a su señor a dirigir sus ejércitos, tenía también su parte de responsabilidad en la derrota y procuraba suavizar con sus exquisitos modales el ánimo arisco del soberano de León.

Alfonso IX asintió y enseguida siguió a la casulla dorada y la sobrepelliz alba, ya acompañado únicamente por media docena de sus nobles: avanzó entre porteros y mozos de cámara por los pasillos del alcázar, con el ruido amenazador de espuelas golpeando el suelo. Su presencia impresionaba tanto a caballo como cuando caminaba, marcando con cada paso el terreno.

Las reverencias se multiplicaron al cruzar las últimas puertas, las que daban a la sala del trono. Los corrillos de cortesanos se apartaron para formar un pasillo por la estancia alfombrada. Al fondo aguardaba Alfonso VIII, instalado en un imponente sillón de roble. A su lado, y vacío, se veía el trono que solía ocupar Leonor Plantagenet.

—Dichosos los ojos, primo —dijo con voz quebrada.

La respuesta de Alfonso IX fue una inclinación de cabeza tan ligera que ni siquiera lo pareció y todos pudieron ob-

servar cómo Alfonso VIII retiraba la mano que acababa de tender con la palma hacia abajo para que se la besara. Tampoco escapó a los leoneses la pierna inmovilizada del castellano, posiblemente a causa de algún percance en la batalla.

El leonés percibió la incomodidad de su primo y comprendió que, si no se levantaba, era por no evidenciar sus heridas. El rostro de Alfonso VIII mostraba cortes bajo la barba, y en el fondo de sus ojos pardos anidaba el orgullo herido que la dignidad de su porte escondía.

Todo en la actitud del gigante leonés dejó transparentar que ya no era aquel jovenzuelo que ocho años atrás se había presentado en la villa de Carrión para besar la mano a su poderoso vecino y ser armado caballero; y eso empezaba a inquietar a los castellanos, que ahora callaban, como también lo hacían los leoneses. Muchos dirían más tarde que el momento fue violento, definitorio.

### 3

—Veo que ya no doblas la rodilla como la última vez que te recibí, tocayo. ¿Debo interpretarlo como un signo de hostilidad?

—No doblo la rodilla, Alfonso, porque ya no soy aquel muchacho inexperto que necesitaba valedor. Y, sobre todo, vos no sois el mismo poderoso monarca a quien mis consejeros consideraron prudente que rindiera vasallaje... Las noticias vuelan y la derrota de Alarcos lo cambia todo, primo. Fuisteis impaciente. Quisisteis ganar la gloria por vuestros medios, sin esperar a nadie. Pero hoy vuestros

vencedores os han arrebatado Alarcos y Calatrava, y pronto llegarán a Toledo.

—La culpa es de quienes con falsas promesas de ayuda me lanzaron contra los moros y me desampararon cuando llegó el peligro... —murmuró, cada vez más irritado, el castellano.

—Cuando os lanzasteis a la batalla yo estaba de camino. Igual que el rey de Navarra, que, aprovecho para anunciaros, ahora mismo regresa a Pamplona. Vuestra derrota perjudica gravemente a los cinco reinos. Los almohades del Miramamolín andan crecidos. Han caído en sus manos territorios que todos considerábamos seguros, y pronto llegarán a Toledo, donde solo quedan los despojos de vuestro ejército... Y, por supuesto, la cristiandad entera está ya al tanto de cómo Alfonso de Castilla ha sido puesto en desbandada y ha huido acompañado apenas de veinte caballeros.

Alfonso VIII asintió amargamente: estaba viviendo los momentos más duros de su reinado. Hacía días que los cadáveres de los caballeros caídos en Alarcos llegaban en carretas a sus familias, en muchos casos previo pago de un rescate, y sus más próximos recibían sepultura en la Nave de los Caballeros en Santa María la Real de Las Huelgas, entre llantos y rezos de las monjas del monasterio.

## 4

El rey de León no se mordía la lengua.

—Entenderéis que quien ha sufrido de manera temeraria semejante derrota no puede dirigir los designios de los

cinco reinos —dijo—. En las cortes de Aragón y Navarra, en la de Portugal, y desde luego en León, nadie confía en vos para encabezar la guerra contra el infiel. El propio papa, desde Roma, hará ver que Castilla no es ya su hija predilecta.

Alfonso VIII no se movió. Su rostro permaneció crispado. Las ojeras violáceas sombreaban sus ojos. El silencio que se hizo fue absoluto. El rey castellano no acababa de ver qué venía a proponer su primo. ¿Acaudillar la próxima campaña? No tenía los medios para hacerlo. ¿Entonces...?

Tras un incómodo silencio, masculló:

—León hace tiempo que dejó de ser el primero entre los reinos cristianos. Vos mismo, os lo recuerdo, acudisteis a mí en busca de mi apoyo para conservar el trono...

—No vengo a hablar del pasado. Solo quiero preveniros de caballero a caballero que los ánimos de mis súbditos están caldeados. Y muchos reniegan de los acuerdos sobre nuestras fronteras que se firmaron en otras circunstancias y que, ahora que Castilla no es garantía de protección, deben revisarse.

—No veo adónde queréis llegar. Pero hablad. Estoy escuchando.

—Digo sencillamente que es hora de que vuelvan a manos leonesas los castillos que ocupasteis tras la muerte de mi padre, y traigo redactado por mi cancillería el próximo tratado que hemos de firmar...

A Alfonso VIII le costó contener su indignación.

—¡O sea que con eso venís! —exclamó—. ¡Exigencias y amenazas! ¡Exigencias que parecían satisfechas ayer mismo, cuando firmamos la paz ante el legado del papa, y que, aprovechando mi debilidad, volvéis a poner sobre la mesa! Primo —procuró bajar el tono—, me temo que esto no dice mucho de vos. La jugada que traéis pensada, aunque quizá os

resulte favorable a corto plazo, a medio plazo se volverá contra vos y vuestro reino...

—No estáis en situación de permitiros ni siquiera esa indignación, Alfonso —contestó el leonés, sin alzar la voz—. Reflexionad y comprenderéis que lo que propongo es de justicia. Me quedaré unos días en vuestra corte. El tiempo de discutir el nuevo tratado..., uno que volverá a afianzar la relación entre leoneses y castellanos.

—Os estáis equivocando, primo. En León, vuestros consejeros os envenenan los oídos. Si porfiáis en ese camino, reanimaréis las ascuas de tantos años de enfrentamientos entre nuestros reinos. Eso solo ha traído muerte y desolación y ha de parar. Recordad que nuestros reinos fueron uno bajo la égida de nuestro abuelo Alfonso, el Emperador...

—Y así quedó menoscabado el poder de León. Solo reclamo lo justo, Alfonso. Pero ya hemos hablado lo suficiente. Ahora me gustaría retirarme. Si os parece, nuestros cancilleres ultimarán los detalles del acuerdo durante los próximos días.

En ese momento, don Martín, el arzobispo, se acercó a Alfonso VIII para susurrarle algo al oído. Y ya inclinaba la cabeza en signo de despedida el de León, y enfilaba la puerta, cuando el castellano se alzó trabajosamente.

## 5

—¡Esperad, primo!

Alfonso IX medio giró la cabeza.

—Quiero que consideréis un nuevo elemento en la cuestión...

—¿Cuál?

—Quería plantear la posibilidad de un matrimonio con mi hija.

Los ojos de Alfonso IX brillaron. Una de las causas de su desafecto a Castilla fue que, cuando llegó a Carrión a rendir vasallaje, el pacto incluía su casamiento con una infanta y Alfonso VIII le impuso a Urraca, de apenas dos años. Entretanto hubo de presenciar cómo la corte de su primo preparaba los esponsales de Berenguela con el hijo del emperador de Alemania.

Aquel enlace valía su peso en oro. Berenguela era la primogénita de Alfonso VIII. Al no tener este por entonces hijos varones, había sido jurada heredera. Pero un año después la reina Leonor alumbró un varón y, desvanecidas las expectativas de sentar a un hijo suyo en el trono castellano, el emperador de los alemanes canceló el compromiso.

—¿De cuál hija me habláis? —preguntó con un ápice de desconfianza. Ya se había sentido engañado una vez. Él venía decidido a hacer la guerra a la debilitada Castilla. Pero algo en el tono de Alfonso VIII le retuvo.

—Os hablo de Berenguela.

Alfonso IX permaneció en silencio. Con el nacimiento del varón heredero, el interés del matrimonio perdía enteros. No obstante, si un día moría Fernando, Berenguela volvería a ser la heredera... Y eso era siempre una posibilidad muy real.

—Considerad mi propuesta, primo —murmuró Alfonso VIII. Se volvió a sentar con gesto dolorido. Con el movimiento la pierna le hacía sufrir—. No hagáis caso a lenguas maliciosas. Sabéis cuánto amo a mi hija, que es la más pre-

ciada de mis vástagos... y será, si lo queréis, una gran reina para León.

—Me hacéis un honor con vuestra propuesta, señor. Pero he de meditarlo y escuchar a mis consejeros. Ahora, permitidme que me retire —dijo Alfonso IX.

Y retomó el camino de la puerta en medio de los murmullos de quienes se apartaban para dejarle paso.



## PRIMERA PARTE

# DEL DESASTRE A LA VICTORIA

«En los siglos VIII al X, el islamismo parecía tan enormemente superior en poder y en cultura al poder y la cultura occidentales que maravilla fue el no haber sucumbido España a tanta grandeza, como sucumbieron, arabizándose, Siria y Egipto, a pesar de su cultura helenística más adelantada; como se arabizaron la Libia, el África y la Mauritania. Lo que dio a España su excepcional fuerza de resistencia colectiva, prolongada durante tres largos siglos de gran peligro, fue el haber fundido en un solo ideal la recuperación de las tierras godas para la patria».

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL



## Capítulo uno

### *Una infanta heredera*

«Muy buena tierra es España y sus reyes son dulces, amados, generosos, buenos y de cortés compañía; y hay otros barones muy nobles y amables en juicio y en conocimiento. Me apesadumbra que los reyes de España quieran la guerra entre sí. Sería mejor que les pluguiera que entre ellos hubiera paz, justicia y fe...».

PEIRE VIDAL, trovador provenzal

## 1

Pero empecemos por el principio.

Era Alfonso VIII alguien que desde chico hubo de asumir grandes responsabilidades. Su infancia fue triste. Su madre, Blanca de Navarra, falleció antes de su año de vida; su padre, Sancho de Castilla, entregó su alma dos años más tarde.

De los tres a los catorce anduvo por villas y ciudades sometido a rivalidades y enfrentamientos entre los linajes que se disputaban su tutela y que, con su guerra civil, enturbiaron su infancia. Su padre entregó la regencia a los Lara, la tutoría a los Castro. Y como resultado del conflicto, esta última familia fue expulsada del reino.

Con catorce años se le coronó en Burgos. A la hora de buscarle esposa, los doctos se fijaron en la hija de Enrique

de Inglaterra y Leonor de Aquitania, que era muy espabilada y hermosa. El proyecto agradó en la corte inglesa y pronto se recibió en Castilla a Leonor, la hermana pequeña de Ricardo Corazón de León, que trajo en sus venas la sangre levantisca de los Plantagenet y la parla occitana materna.

A la prometida la acompañó Leonor de Aquitania, que a sus cuarenta y tantos años era la mujer más poderosa de la cristiandad. Llegaron con ella nobles normandos, ingleses, y trovadores como Guillem de Berguedà. Juntos bajaron los tortuosos caminos que llevaban a Tarazona, localidad fronteriza con Aragón, donde Alfonso la recibió junto con los embajadores enviados para recogerla. De paso, su cancillería aprovechó los esponsales para firmar con el rey aragonés un pacto de ayuda mutua y una paz que iba a resultar duradera.

—Fíate del instinto de tu madre. Será un buen esposo. Pero no olvides que en ti se unen la estirpe de los duques de Poitiers y los Plantagenet. Eres una mujer superior. Y ahora, despedámonos sin lágrimas. *Adieu, pichòta!* —le dijo Leonor de Aquitania a su hija.

## 2

Tenía Leonor menos de diez años y hubo de aprender una nueva lengua y recibir la educación que le faltaba mientras se preparaba para la maternidad. Afortunadamente, había en Castilla hombres educados en Bolonia y París como el canciller García de Campos, que hablaba seis idiomas. Con él pudo conversar en francés y occitano.

Por su parte, Alfonso VIII avanzaba en el conocimiento del francés. Y mientras uno y otro crecían hubieron de esperar para hacer vida marital. Con lo cual no fue hasta los quince años cuando la reina pudo anunciar que estaba encinta, con la alegría consiguiente en la corte que se tornó en tristeza al morir el primer fruto de aquel joven matrimonio.

—No tengáis preocupación, señor. La reina es hija de Leonor de Aquitania, que ha parido diez veces. Es seguro que tendrá más retoños —dijo el médico del rey.

Tuvo razón: dos años después nacía otra niña, que murió también a los pocos meses, y a renglón seguido en el año del Señor de 1179 llegó por fin la primera hija llamada a alcanzar la edad adulta: Berenguela de Castilla.

### 3

Se dice que el modo en el que uno llega a la vida condiciona su desarrollo.

Berenguela llegó tras un embarazo a término y lanzando un vagido vigoroso, entre los muchos cojines del lecho. Eso alegró los oídos de las presentes.

Una de las parteras, tras comprobar su sexo y cortar el cordón umbilical, viendo cómo se encaramaba al pecho hinchado de la madre, murmuró:

—Tiene carácter la criatura.

Varias mujeres retiraban sábanas y paños manchados de sangre. Sus risas se contagiaron a Leonor cuando le pusieron la niña en brazos. Al poco, la partera mayor salió a dar la

buena nueva al rey, que esperaba, acompañado por el canciller y su mayordomo. La decepción de Alfonso VIII contrastó con la felicidad que había iluminado la cara de Leonor al posar los ojos en la niña, cuando en su occitano nativo le dijo:

—*Siás fòrça bèla, fòrça bèla. Un dia que't regnaràs tanben.*

Así, recibida amorosamente por su madre y arropada por el respeto de la corte, llegó al mundo Berenguela.

—Otros vendrán, pero esta niña tiene tanta fuerza de carácter como un varón —le dijeron al rey los primeros preceptores.

La infanta fue bautizada por el arzobispo de Toledo y se le impuso su nombre en memoria de la abuela paterna de Alfonso VIII.

## 4

Durante sus primeros años, exceptuando los meses de vida de Sancho, Berenguela fue la heredera y educada como tal. Había un tratado firmado en Sahagún por el cual León y Castilla pactaron que, en ausencia de varón entre los descendientes del vecino, cualquiera de los dos tendría derecho al trono contrario, y Alfonso VIII estaba decidido a obviarlo. No existía en tierra castellana ley que impidiera reinar a una hembra. Ya lo había hecho en León, aunque con dificultades, Urraca la Temeraria, madre de Alfonso VII el Emperador y bisabuelo de Berenguela, de cuyos hechos hablaba a la niña su nodriza.

—Fue una gran reina entre hombres.

La Temeraria pronto encontró lugar en los juegos de Berenguela, que le dio su nombre a su muñeca favorita. El ama de la familia en la que se crio se complacía en hacerlo notar. «Id a buscar a la Temeraria», decía cada vez que la infanta lo demandaba. A su vez, los oficiales de la Casa del Rey la trataban con la ceremonia y respeto debido a la heredera. Y Alfonso VIII, viendo que Leonor solo paría niñas, pensó que Dios le castigaba por algún pecado.

Leonor, en cambio, se veía reflejada en sus hijas y sobre todo en Berenguela, que tenía el cabello rubio y los ojos azules de los Plantagenet, y no dejaba de trasladarle el favor que ella misma no tuvo, pues era notorio que Leonor de Aquitania siempre favoreció entre sus vástagos a Ricardo.

Estimulada por ese amor, Berenguela empezó a acompañar a la corte itinerante de sus padres. Su figura esbelta destacaba entre las jóvenes de su edad, y muy pronto iba a poder mirar al rey a los ojos sin levantar los suyos e igualando en altura a muchos hombres, para orgullo sobre todo de Leonor, que siempre lo consideró atributo de nobleza.

—Las mujeres de la Casa de Poitiers somos altas —dijo. Y aunque para muchos la hermosura femenina estaba en las proporciones pequeñas y delicadas, ella pensaba lo contrario y la enseñó a erguir el porte—. Nunca bajas la cabeza, Berenguela. Es bueno que una reina mire de frente a todos, sin levantar la mirada. Ya habrás de bajarla ante tu marido. Procura que sea el único.

## 5

Leonor manifestaba una preferencia clara por la ciudad burgalesa. Pero no por su inhóspito castillo en lo alto del cerro de San Miguel, sino por los huertos y pastizales en el entorno del palacio real de Las Huelgas. Allí decidió construir su monasterio y creció el proyecto en paralelo al hospital de peregrinos. Ver canteros moviendo piedras en uno y otro edificio fue uno de los recuerdos infantiles de Berenguela.

A Leonor le incomodaba el excesivo predominio eclesial masculino castellano y fundó su monasterio siguiendo el modelo de la abadía de Fontevrault, donde las mujeres eran la autoridad. Dotó a Santa María de un importante patrimonio y consiguió que el papa le otorgase un tal régimen que nadie por debajo de los reyes podía entrometerse.

En los traslados por la árida Castilla, Leonor hablaba de los paisajes de Aquitania o de la corte de Poitou o de Burdeos y del condado de Gascuña, la parte de su dote enclavada en la zona francesa del reino de su padre: era la que más preciaba su familia. Durante esos años, la niña Berenguela aprendió música y canto y escritura en un ambiente de profunda religiosidad. Aprendió a leer y a rezar en su salterio y a discutir de la doctrina con los capellanes reales.

## 6

La primera vez que oyó mencionar a los almohades fue de boca del canciller Diego García de Campos. Este, pariente

lejano de Alfonso VIII, había sido clérigo en Toledo antes de ampliar estudios de Teología en París y a su regreso fue deán en la catedral, y desde hacía unos años era canciller del rey.

Como cualquiera en Castilla, Berenguela había oído hablar de los mahometanos del sur. Ella sabía que había en Sevilla y Córdoba gente con otra fe con la que a ratos se combatía y otros se pactaban treguas. De ellos siempre se dijo que habían invadido el reino goda que correspondía recuperar.

Un día, estando en la antecámara de la reina, oyó a García de Campos hablar con su madre.

—Esto es diferente, señora. El Miramamolín llega desde África. Las taifas se le han rendido. Cada vez más mozárabes las abandonan asustados por sus atrocidades. Dicen que nunca se vio tal enconamiento desde tiempos de Almanzor. Son miles de familias con sus acémilas y carretas las que cruzan la frontera.

—¿Quién es Almanzor? —preguntó Berenguela.

—Un caudillo despiadado. Asoló los reinos cristianos. Llegó a profanar Santiago. Se llevó sus campanas, infanta —dijo García de Campos—. Eso cuando Castilla era condado, después de que venciésemos al gran Abderramán en Simancas. A Almanzor hubo de venir el mismo Dios a castigarle. Él sometió a todo Al-Ándalus. Nunca tuvieron los musulmanes tanto poder. Por suerte, desde entonces las cosas han cambiado.

—¿Y cómo?

—El califato se deshizo en pequeños reinos ricos pero débiles en la guerra, que necesitan nuestra ayuda —dijo la reina—. Esas taifas nos pagan tributos, Berenguela. Y ahora

las conquistan los almohades. Pero deja que García de Campos cuente...

—Los almohades, infanta, son gente fanática. Se han hecho con el poder en el norte de África. Llegan con una actitud tan belicosa que es casi seguro que pronto habrá guerra.

Berenguela escuchaba todo con la mayor atención.

## 7

Si con Almanzor el califato había alcanzado su apogeo, su decadencia comenzó la mañana misma de su muerte. En ese momento, a su regreso de una de sus campañas, la península estaba dividida en dos mundos opuestos, y el musulmán era el más brillante.

Tras la invasión árabe se hundió el reino visigodo. Toda la península cayó en las manos de los invasores. Los pocos rebeldes que se refugiaban en las montañas del norte nunca fueron suficientes para inquietar a los califas de Córdoba. Durante dos siglos, el islam prosperó en torno al Guadalquivir y se estrecharon las relaciones con el mundo árabe, de donde llegaron dos nuevas olas de invasores: primero los almorávides y finalmente los almohades, unos y otros con celos de reforma religiosa.

Durante siglos, Córdoba fue el foco de una civilización sin rival. Antes de que las tensiones interiores lo destruyeran, el califato poseía una organización muy superior a cualquiera de los cinco reinos. Los mozárabes, en su territorio, no solo gozaron de la tolerancia del califato, previo pago del im-

puesto correspondiente, por supuesto, sino que habían podido guardar su organización bajo la autoridad de sus propios obispos, con concilios libres a los que se dirigían los califas cada vez que necesitaban la condena de los cristianos más exaltados, aquellos que perseguían el martirio insultando la religión de Mahoma.

Muerto Almanzor, se dieron tales luchas fratricidas que en apenas treinta años se hundió el califato, y de sus ruinas salieron los pequeños reinos taifas a los que hoy sometían los almohades.

Pero el islam no declinó. Todavía una ciudad como Almería —y no digamos Sevilla o Córdoba— podía contar con cinco mil fabricantes de tejas, un millar de casas de huéspedes e infinidad de baños públicos. La biblioteca del rey de Almería era famosa por reunir muchos miles de volúmenes. Y la lengua literaria en todo el sur era el árabe. Como explicó en la corte castellana uno de los mozárabes que llegó buscando refugio:

—Los nuestros también leen los poemas y obras de imaginación de los árabes. Estudian escritos teológicos, pero no para refutarlos, sino para tener una dicción árabe correcta, elegante. Hoy día cualquier cristiano que destaque por su talento no conoce sino la literatura árabe, y la lee y estudia con ardor. Aunque parezca increíble, los cristianos han olvidado su lengua religiosa. De cada mil no encontraréis más de uno que sepa escribir una carta en latín. Pero tratándose del árabe, hay multitud capaz de expresarse convenientemente en ese idioma. Algunos incluso mejor y con más elegancia que los infieles mismos.

Pero más que a las taifas en Castilla se temía a León.

Desde que se dividieron ambos reinos los desacuerdos sobre la frontera provocaban numerosos enfrentamientos. El propio Fernando II de León, tío de Alfonso VIII, aprovechó la minoría de edad de su sobrino y las luchas entre clanes para invadir Castilla y llegó a tomar Toledo. El conflicto resurgió cuando, con Alfonso VIII ya en la treintena y bien asentado en el trono, murió su tío Fernando de León. Algo que coincidió con el acuerdo matrimonial entre el hijo del emperador de Alemania y Berenguela.

—Castilla empieza a ser grande, Berenguela —dijo Leonor—. Y mi dote, Gasuña, queda al otro lado de los Pirineos. La alianza servirá para protegernos de los francos.

Una misión viajó hasta la pluviosa Seligenstadt, donde se pactaron los territorios que recibiría Berenguela en concepto de arras, y una dote de cuarenta y dos mil maravedíes.

Y mientras se acordaba que Conrado llegaría en la primavera, falleció en sus altas tierras leonesas el rey Fernando, tras treinta años de reinado. Y le sucedió Alfonso IX, de dieciséis años, hijo del primer matrimonio del leonés cuya posición estaba amenazada por su madrastra la reina viuda Urraca López de Haro, miembro de esa gran familia castellana, que ambicionaba el trono para su propio hijo.

La circunstancia convenció a los consejeros del heredero de que convenía arrimarse a Castilla.

30 de marzo de 1188

*De Leonor, duquesa de Aquitania  
y reina de Inglaterra, a su amadísima hija  
Leonor Plantagenet reina de Castilla.*

*Mi querida hija,*

*Me llegan cada vez más noticias del futuro matrimonio de tu Berenguela con Conrado de Alemania. Puedo asegurarte que aquí en Poitou se habla mucho del osado movimiento de tu esposo. Nadie pensaba que fuera a dar semejante golpe sobre la mesa, y la inquietud en París en el entorno de Felipe es tan grande que hasta me escriben de su corte para que medie con vosotros. Ya ves que Castilla empieza a ser tenida en cuenta en los grandes reinos de la cristiandad.*

*Sé lo preocupante que es para ti que no acabe de llegar el varón. Pero paciencia: concebiste antes uno y eres hija mía. La fertilidad la llevas en la sangre. El varón llegará. Entretanto, no descuides a Berenguela. Los informes que tengo son excelentes. Mis embajadores cuentan que es alta, rubia, de porte dignísimo, tan hermosa como tú y yo, y que además maneja el latín con tanta soltura como los oficiales de vuestra cancillería. No me extraña: también tú y yo tenemos buena cabeza. Y carácter estate segura que no le faltará. Por sus venas corre la sangre de los duques de Poitiers.*

*Haces bien en no dar nada por hecho. Esmérate en su educación. Que aprenda música y latín. Y también algo de matemáticas y astronomía: todo le será útil. Pero sin des-*

*cuidar las gracias sociales indispensables para cumplir con sus funciones y las buenas maneras necesarias a una joven de su linaje. Que coma los bocados uno por uno y no pida nunca alimento antes de que se la sirva. Que tenga moderación en la bebida y sepa hablar con el tono adecuado, ni más alto ni más bajo del necesario, sin interrumpir a nadie.*

*Sé que, so pretexto de pedir el consentimiento de la curia para el matrimonio, Alfonso ha conseguido que los nobles y magnates del reino, y también los representantes de los concejos, la reconozcan y juren lealtad. No es mala jugada. De esta forma asegura la sucesión para el caso de que, Dios no lo quiera, no llegue el varón.*

*La maniobra confirma la sabiduría de tu Alfonso y de paso la mía, pues no olvides que fui yo quien lo eligió para ti. Nadie puede saber lo que el futuro deparará a esta hija tuya, pero todo apunta a que sabrá cumplir con las altas expectativas depositadas en ella.*

*Leonor de Aquitania*